

rantía; porque como nada piden éstos que se les niegue, ni por tanto son los llamados á ejecutar actos de violencia ó desórden, esas fuerzas sirvelnes de escudo contra las asechanzas que pudiera haber, que no las hay ni se han vislumbrado, de los que no tienen lo que desean. Pero parécenos, que ese uso tan frecuente de la guardia civil, por razones políticas de tan ínfima importancia, y cuando nadie ha dado que temer, es injustificado y debe reservarse, para no acostumbrar á las gentes á ver tan á menudo á tan respetable cuerpo, y que acaben por familiarizar con él, para casos excepcionales y de alguna importancia.

Lo poco acostumbrados que aquí estamos á ver en este Juzgado esas fiscalizaciones directas, ni aún tratándose de horrendos crímenes, por cierto alguno de ellos impune, acrecienta nuestra extrañeza y la de todo este vecindario al ver que se manda intervenir en la causa formada por referidos hechos, nada menos que á un Teniente Fiscal de la Audiencia de esta provincia. Y esto arraiga más nuestra creencia de que se ha dado la nota de la exageración y del apasionamiento, ante la que, los ordenadores de esas medidas, prestados sinceridad y certeza á las relaciones que se les hayan hecho, no han tenido otro remedio que tomar aquellas; presentándose por ello este pueblo ante los ojos de los que no sepan la verdad de lo que en él ocurre, que ya poquito á poco se irá sabiendo, ¡no faltaba más! como un centro revolucionario, un presidio suelto, ó un albergue de malhechores.

De modo, pues, que nada menos que tres autoridades distintas, la judicial, la gubernativa y la militar, están en movimiento; y no será extraño, si á alguien también se le ocurre presentarnos como obejas poco mansas de la grey cristiana, que la autoridad eclesiástica nos eche encima sus excomuniones, quedando así preparada nuestra perdición eterna y temporal.

Como hemos indicado, ya se irá adquiriendo por todos conocimiento exacto de las cosas, y cuando se establezca el imperio de la verdad, los que hoy ignoran ésta, exclamarán con nosotros en armónico y cadente coro: ¿Para qué ha sido

tanto lujo de precauciones, y de todo lo acabado en *ones*, como delegaciones y fiscalizaciones!

DE LITERATURA

El espejo de las hadas

CUENTO PARA NIÑOS

(Conclusión)

¶

Corrieron los años, y la hija del rey creció en belleza y en bondad extraordinariamente; pero era tan crédula como teal; incapaz de mentir ni de engañar á nadie; creía que todos pensaban como ella, lo que la hacia víctima de los más groseros engaños, por parte de cuantos la trataban.

—¡Caramba!—solía decir el rey,—si no tuviera infinitas pruebas de la discreción de mi hija, creería que su bondad nace de la estupidez más supina. Daría la mitad de mi reino por curarla de esa credulidad tan excesiva que degenera en gravísimo defecto.

—Nada tienes que dar, pues el remedio está en tu mano.—le contestó la reina.

—¿Cómo así?

—¿No recuerdas el espejo que regaló á nuestra hija una hada anciana el día de su bautismo? ¿Has olvidado la experiencia que hiciste con tus ministros?

—Ahora caigo en ello, y es preciso que tan preciosa alhaja se busque y se entregue á la niña inmediatamente.

Se hizo comparecer al guarda joyas, sucesor del que recibió el encargo de guardar el espejo, que había muerto de viejo, y se le pidió la alhaja, que tras de minuciosas pesquisas, fué encontrada en un rincón, cubierta de trastos viejos y de ningún valor.

Diólo el rey á su joyero, para que le pusiese un marco de oro adornado con pedrería, y antes de que el artífice terminara su obra, enfermó y murió el rey, á quien, á los pocos días, siguió la reina.

Quedó huérfana la princesa, sabiendo que no tenía otro protector ni otro amigo que el espejo, cuya existencia, paradero y virtudes le habían revelado sus padres.

Hizo que lo recogieran de casa del joyero, y mandó colocarlo en la sala donde pensaba dar audiencia y celebrar sus consejos.

Llamó después á los que habían sido ministros del difunto rey, y les dijo:

—Quiero que sigáis empuñando las riendas del gobierno; pero, como mi principal deseo es que mis vasallos sean felices, os advierto que habeis de consagrar vuestra vida entera á conseguir este fin; si lo habeis, podeis estar seguros de mi gratitud y de mi confianza; pero si abusais del poder que os confiero y oprimís á mi pueblo, haciéndolo infeliz, pagareis vuestra

deslealtad con vuestra cabeza.

Los ministros que sabían cuán crédula era la reina, se burlaban para sus adentros, diciendo en voz alta, en nombre de todos, el Presidente del Consejo:

—Vuestra Magestad no debe dudar de los propósitos de los que sirvieron buena y fielmente á vuestro augusto padre, y que no son otros que los de agradar y complacer en todo á la hermosa y prudente reina que el cielo se ha dignado concederme.

—Así lo espero—contestó la reina, despidiéndolos.

Al día siguiente los llamó separadamente, empezando por el de Hacienda, á quien disimuladamente colocó delante del espejo.

—¿Cómo está el tesoro?—le preguntó.

—¡Ah, señora!—contestó el ministro—el tesoro está muy mal, rematadamente mal, de tal modo que si no se aumentan los tributos será imposible sostener el ejército, habrá necesidad de cerrar las escuelas y suprimir la mayor parte de las pensiones de viudas y huérfanos. Atravesamos una época terrible, señora.

El ministro tenía el rostro compungido y hablaba con tono quejumbroso; pero la soberana, en vez de mirar su rostro, miraba la imagen que se dibujaba en el espejo y que representaba un lobo con el uniforme de ministro.

—¡Holá! ¡holá!—exclamó la reina,—pues la primera economía va á ser quitarte la cabeza de los hombros.

Y así mandó hacerlo.

Poco más ó menos sucedió lo mismo con los demás ministros, hasta que le tocó el turno al de la Guerra.

Este era un anciano general franco y honrado, al que preguntó la reina.

—¿Qué tienes que decirme? ¿Cómo está el ejército? ¿Los soldados están bien alimentados y vestidos? ¿Son felices? ¿En que estado se halla el armamento? ¿Están los parques provistos de municiones?

—Señora, los soldados están descontentos porque comen mal, van casi desnudos y están pésimamente alojados; el armamento es antiguo y malo y en los parques no hay un cartucho; sin duda el gobierno de V. M. quiere que esta nación se distinga por su ilustración más que por su fuerza, y olvida que una potencia debe estar siempre prevenida para defender sus derechos, sin lastimar los de los otros pueblos.

—Distinguirnos por la ilustración, cuando se cierran los establecimientos de enseñanza porque no se paga á los profesores!—contestó la reina con amargura.

—Lo cierto es, señora, que si V. M. quiere hacer economías, puede suprimir el ministerio de la Guerra, que es completamente inútil.

La reina miraba al espejo, en cuya luna se destacaba la figura del viejo general, llena de arrogancia y rodea-